

Niños en el tiempo, de Menéndez Salmón: entre mares helados

MENÉNDEZ SALMÓN, RICARDO: *Niños en el tiempo*, Barcelona, Seix Barral, 1ª ed., 223 págs., ISBN 978-84-3222-10-19

Jorge Sanz Barajas

Profesor de Literatura Española. Colegio «El Salvador» (Zaragoza)

E-mail: jsanz@jesuitaszaragoza.es

Durante los dos últimos años han aparecido en los anaqueles de las librerías tres extraordinarias novelas que abordan un mismo tema: la pérdida del hijo. Las tres novelas tienen un enfoque diferente pero todas juntas conforman un tríptico fascinante. Son *Las puertas de la noche* de ALEJANDRO GÁNDARA (Alfaguara, 2013), *La hora violeta* de SERGIO DEL MOLINO (Mondadori, 2013) y *Niños en el tiempo* de RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN. Tienen su antecedente en la extraordinaria *Mortal y rosa* de FRANCISCO UMBRAL (1975). Pero las ideas recurrentes no aparecen *porque sí*: son siempre coagulaciones de experiencias, en ocasiones vividas como la de Sergio del Molino, en otras internalizadas y encarnadas hasta el dolor imaginado y ficcionado, caso de Gándara o Menéndez Salmón. Si alguien piensa que esto es casual, se equivoca: cada época genera sus *topoi*, sus lugares, y uno de los nuestros es la ausencia, la reflexión sobre el vacío generado por lo que antes existió: es propio de toda época de crisis, el *horror va-*

cui: siempre hemos cubierto esos tejidos al aire con ficción. No iba a ser éste un momento distinto.

Encontramos mucha literatura sobre el duelo, quizá porque estamos singularizando la muerte allá donde antes la socializábamos. A los grandes narradores del duelo como Amos Oz, Coetzee, Don DeLillo, Peter Handke, Onetti o Philip Roth habría que sumar hoy varias novelas recientes que merecen la pena: *Di su nombre*, de FRANCISCO GOLDMAN, *El año del pensamiento mágico*, de JOAN DIDION, *La ridícula idea de no volver a verte* de ROSA MONTERO, *El hijo* de MICHEL ROSTAIN, *Canción de Tumba* de JULIÁN HERBERT, *El olvido que seremos*, de HÉCTOR ABAD FACIOLINCE, *Niños en el tiempo* (sí, de idéntico título) de IAN MCEWAN, varias novelas al respecto de la excepcional Joyce Carol Oates, Pierre Michon...

Ricardo Menéndez Salmón es quizá desde *Filosofía en invierno* o *Derribame* el gran narrador de la génesis del mal encarnado, como sucedía en algunos personajes de

Dickens, otra época en crisis. Ahora se ha sumado a la nómina de autores que reflexionan sobre el duelo como una manera de mitigar ese mal incomprensible. Hay ecos confesos en él de Kafka, de Michon, de Faulkner, de William Blake, que convierten su prosa en una textura verbal jugosa y exigente. Es hoy en día uno de esos narradores que cualquier especialista en filosofía moral debería leer, pero también cualquier persona que se plantee la moral y la ética como algo que puede ser convertido en materia narrativa: aquí tiene la respuesta.

Niños en el tiempo: tres relatos sin aparente vínculo conforman el libro, pero los tres coagulan una misma historia cuando el lector encuentra su sitio en ella. No lo pone fácil el autor, siempre exigente con quienes se acercan a sus creaciones. «La herida» habla la pérdida del hijo de Elena y Antares, un escritor, y la convivencia tras la fractura; la distancia narrativa, las violentas metáforas y esa expresividad densa y austera provocan desconcierto. Ricardo Menéndez Salmón se mueve entre los personajes como un ángel que pudiera entrar en cada corazón y no quisiera hacerlo a sabiendas de que el dolor podría hacerle estallar en pedazos. Asume una posición de difícil equilibrio que des-

concierta al lector y pudiera dejarle frío... Si no continuara leyendo el resto del libro.

La obra nos habla de las dos caras de una misma moneda: la niñez y la paternidad. Sucede en ella que el narrador sutura las heridas gracias a la literatura. Encuentra las palabras capaces de poner nombre a la pérdida y restañar la herida, mover el resto de las piezas del cuerpo zaherido hacia aquello para lo que está programado: la vida. Es el reto. Sucede lo mismo con la extraordinaria *La hora violeta* de SERGIO DEL MOLINO: del «no tengo palabras» para hablar del durísimo proceso que acaba con su hijito Pablo tras una larga y extraña leucemia, Sergio rebusca hasta encontrarlas para construir un relato estremecedor y bellísimo «contra el melodrama y contra la asepsia», contra los lugares comunes, contra el olvido. «Todos los hijos muertos son hijos únicos».

Ricardo Menéndez Salmón comienza este libro como comienza muchos otros: cuando todavía no ha terminado el anterior; es como si de una historia naciera otra por un proceso de gemación. Esta nació cuando estaba acabando *Medusa*. Este primer relato, la historia de la pérdida de Elena y Antares, está contado desde un narrador que parece estar donde no debe-

ría: de pie, contemplando la caída de la pareja donde el pudor debería retraerle. Su posición se nos antoja indiscreta y dura. Es quizá el único lugar que no le gustaría ocupar a un voyeurista morboso. La historia de amor y de pérdida está narrada sobre una estructura arriesgadísima que el lector sólo conseguirá entender si llega al tercer relato. Es una novela «de músculo», de esas que exigen concentración porque ofrece un brillo verbal que pocos narradores son capaces de entregar.

En «La cicatriz», Antares trata de reescribir la infancia de Jesús, un intento por hacerle «creíble» y devolverle la parte que le fue hurtada: ese tiempo que su hijo no pudo tener. Si durante el primer relato, Menéndez Salmón ancla de autor a lector un finísimo hilo tejido de emociones sobre las que se movía con precisión de funambulista que no desea en modo alguno que el cable vibre, en este segundo relato, tejido sobre las letras del alfabeto hebreo que encabezan cada episodio, el texto tiembla hasta llegar a la letra Nun: allí Menéndez Salmón, al estilo del más puro Vila-Matas, se infiltra en el texto y pulsa el cable hasta engarzar el tercer relato. Hemos visto a Jesús de Nazaret, a su gemelo, a la extraña Lavinia –una niña albina con la que construye un delicado

anagrama entre su nombre y su color–, a unos magos que no traen regalos pero sí miran a María con lascivia, a un José crudo y humano... Hemos visto a un Jesús de carne y hueso que aún no había sido convertido en un personaje. Antares resucita a un Jesús intolerablemente humano, un niño que cae y se levanta, que conoce mejor el lenguaje de los pájaros que el de las tribus, que sabe de su vuelo y que ve restituido su mayor tesoro: la infancia.

«La piel» narra la historia de un éxodo: una mujer huye con su embarazo a cuestras a la isla de Creta; allí encontrará a un enigmático y varón que tratará de seducirla para poseer algo más que su cuerpo o su alma. El final de la historia sitúa al lector en un punto esencial desde el que es capaz de desentrañar el tríptico. Menéndez Salmón se mueve con comodidad en este tipo de novelas nada terapéuticas, exigentes, de verbo preciso pero metáfora poderosa: evidencias de que la vida no puede contarse siempre con un lenguaje simple. En el texto hay lagunas, subtexto que hay que completar: no siempre es fácil respirar dentro del relato. Si el lector logra superar la distancia seca del primer relato encontrará que toda la urdimbre de *Niños en el tiempo* está tejida para la emoción compleja.

La novela nos aleja del dolor justo hasta aquel lugar donde podemos contemplarnos a nosotros mismos; evita la tramposa empatía terapéutica. Lo consigue mediante una economía verbal que nos lleva a imaginar la papelera emocional del autor mientras escribe: llena de todas las trampas que otros sí quieren sembrar en sus novelas y él detesta. Ricardo Me-

néndez Salmón es un narrador con mayúsculas, dotado de una capacidad para la economía expresiva como pocos. *Niños en el tiempo* está sembrado, como todas sus novelas, de metáforas poderosas sin las que es imposible entender el relato. Será cierto pues que allá donde no es capaz de llegar el hombre y su palabra medida, llega la metáfora. ■